

que tiene sentido comun y dos fanegas de tierra más que Genoveva, y ha dejado á ésta plantada. La pobre criatura ha perdido la poca inteligencia que el amor habia desarrollado en ella, y no sabe hacer otra cosa que guardar vacas ó segar. Mi sobrina y ésta pobre muchacha son en cierto modo amigas por la invisible cadena de su comun destino y por el sentimiento que ha causado su locura. Mirad: ¿veis? dijo el tío de Estefania llevando al Marqués de Albon á la ventana.

El Magistrado vió, en efecto, á la hermosa Condesa sentada en el suelo, entre las piernas de Genoveva. La aldeana, armada de un enorme peine de hueso, ponía toda su atencion en desenredar la larga cabellera negra de Estefania, que se dejaba peinar arrojando apagados gritos cuyo acento delataba un placer sentido instintivamente. El señor de Albon se estremeció viendo el abandono corporal y la animal indiferencia que indicaban en la Condesa una total ausencia del alma.

— Felipe, Felipe, exclamó, las desgracias pasadas no son nada.— ¿No hay, por lo tanto, esperanza alguna? preguntó á su interlocutor.

El viejo médico alzó los ojos al cielo.

— Adios, caballero, dijo el señor de Albon, estrechando la mano al anciano. Mi

amigo me espera, no tardareis en verle.

— ¿Es ella misma? exclamó Sucy despues de haber oido las primeras palabras del Marqués de Albon. ¡Ah, yo dudaba aún! añadió, dejando caer algunas lágrimas de sus ojos negros, cuya expresion era habitualmente severa.

— Sí, es la Condesa de Vandières, contestó el Magistrado.

El Coronel se levantó bruscamente y trató de vestirse.

— Y bien, Felipe, dijo estupefacto el Magistrado: ¿te vas á volver loco?

— Si ya no sufro, contestó el Coronel con sencillez. Esta noticia ha calmado todos mis dolores. ¿Y qué mal me podia impresionar cuando pienso en Estefania? Voy á ir á Hombres-Buenos, á verla, á hablarla, á curarla. Ella es libre: y bien, la felicidad nos sonreirá, ó no hay Providencia. ¿Crees tú que esta pobre mujer es capaz de oirme sin recobrar la razon?

— Ella te ha visto ya sin reconocerte, replicó con dulzura el Magistrado, quien notando la exaltada esperanza de su amigo, trató de inspirarle saludables dudas.

El Coronel se estremeció, pero se puso á sonreir dejando escapar una ligera mueca de incredulidad. Nadie trató de oponerse á los deseos del Coronel. En pocas horas fué instalado en la vieja abadia, cerca del

médico y de la Condesa de Vandières.

— ¿Dónde está ella? exclamó al llegar.

— ¡Chist! le contestó el tío de Estefania. Ahora duerme. Mirad, vedla.

Felipe vió á la pobre loca acurrucada al sol sobre un banco. Su cabeza estaba protegida contra los ardores de la atmósfera por un bosque de cabellos esparcidos sobre su rostro; sus brazos colgaban con gracia hasta el suelo; su cuerpo yacia elegantemente colocado como el de una corza; sus piés estaban recogidos debajo de ella, sin esfuerzo; su seno se alzaba por intervalos acompasados; su piel, su cútis tenían esa blancura de la porcelana que tanta admiracion nos causa en el rostro trasparente de los niños. Inmóvil cerca de ella, Genoveva tenia en la mano una rama que Estefania habia desgajado sin duda de la alta copa de un álamo, y que la idiota agitaba suavemente por encima de su compañera dormida, á fin de espantar las moscas y refrescar la atmósfera. La aldeana miró al señor Fanjat y al Coronel; despues, como un animal que ha reconocido á su dueño, volvió lentamente la cabeza hácia la Condesa, y continuó velando por ella, sin haber dado la menor señal de asombro ó de inteligencia. La atmósfera abrasaba. El banco de piedra parecia centelleante, y de la pradera se desprendian esos vapores

inquietos que dan vueltas y arden por encima de las hierbas semejaudo polvo de oro; pero Genoveva parecia insensible á este calor devorador. El Coronel estrechó violentamente las manos del médico entre las suyas. Lágrimas que brotaron de los ojos del militar rodaron á lo largo de sus varoniles facciones y cayeron sobre la hierba á los piés de Estefania.

— Señor, dijo el tío, hace dos años que mi corazon se quiebra todos los dias. Pronto os pasará lo que á mí. Aunque no lloreis, no por eso sentireis ménos el dolor.

Estos dos hombres se comprendieron, y oprimiéndose otra vez las manos fuertemente, permanecieron inmóviles, contemplando la admirable calma que el sueño extendia sobre aquella criatura encantadora. De tiempo en tiempo lanzaba Estefania un suspiro, y este suspiro, con todas las apariencias de la sensibilidad, hacia temblar de satisfaccion al desgraciado Coronel.

— ¡Ay! le dijo con amabilidad el señor Fanjat; no os engaños, caballero; en este momento la veis con toda su razon.

Aquellos que han pasado horas enteras en la deliciosa ocupacion de ver dormir á una persona amada con ternura, comprenderán bien el sentimiento dulce y terrible que agitaba al Coronel. Para él este sueño

era una ilusión; el despertar había de ser una muerte, la más horrible de todas las muertes.

De repente un cabritillo que llegó en tres saltos hasta el banco, olfateó á Estefanía, que al ruido se despertó; púsose esta en pié con ligereza, sin que el movimiento asustase al caprichoso animal; pero al ver á Felipe se escapó, seguida de su cuadrúpedo compañero, hasta un seto de saúcos, y despues lanzó aquel pequeño grito de pájaro espantado, que ya había oído el Coronel cerca de la verja donde la Condesa se había aparecido por primera vez al señor de Albon. Por último, trepó á su ébano, se colocó como en un nido en el penacho del árbol, y se puso á mirar al forastero con la atencion del más curioso de entre los ruisenñores del bosque.

— ¡Adios, adios, adios! dijo, sin que el alma comunicará una sola inflexion sensible á esta palabra.

Era la impasibilidad del pájaro silbando su aire.

— No me reconoce, exclamó desesperado el Coronel. ¡Estefanía! ¡Soy Felipe, tu Felipe, Felipe!

Y el pobre militar se lanzó hácia el ébano; pero cuando estuvo á tres pasos del árbol, la Condesa le miró como desafiándole, no obstante de que en su mirada se

pintó una expresion de temor; y despues, de un solo salto, se fué desde el ébano á una acacia, y de ésta á un abeto, en el que se balanceó de rama en rama con pasmosa agilidad.

— No la persigais, dijo el señor Fanjat al Coronel. Suscitariais entre los dos una aversion que llegaria á ser invencible; yo os ayudaré á haceros conocer y á amarla. Venid á este banco. Si no os fijais en la pobre loca, no tardareis en verla aproximarse insensiblemente para examinaros.

— ¡Ella! ¡No reconocerme y huir de mí! repitió el Coronel sentándose, apoyado contra un árbol cuyo ramaje sombreaba un banco rústico, y dejando caer la cabeza sobre el pecho. El Doctor calló. Bien pronto la Condesa bajó suavemente de lo alto del abeto, volteando como un fuego fátuo, y dejándose ir con frecuencia á las ondulaciones que el viento imprimia á los árboles. Parábase en cada rama para espiar al forastero; pero viéndole inmóvil, concluyó por saltar sobre la hierba, se puso en pié, y vino á el, con paso lento, á través de la pradera. Apenas se hubo colocado contra un árbol que estaba á diez pasos próximamente del banco, el señor Fanjat dijo en voz baja al Coronel:

— Tomad disimuladamente de mi bolsillo derecho unos pedazos de azúcar, y en-

señádselos, que ella vendrá; yo renuncio gustoso, por vos, al placer de darla golosinas. Con ayuda del azúcar, que la gusta extraordinariamente, la acostumbrareis á acercarse á vos y á reconocerlos.

— Cuando era mujer, respondió tristemente Felipe, no la gustaban los manjares azucarados.

Apenas el Coronel agitó hácia Estefania el pedazo de azúcar, que sostenia con el índice y el pulgar de la mano derecha, lanzó ella de nuevo su grito salvaje, y corrió presurosa hácia Felipe; despues se paró, detenida por el miedo instintivo que la causaba; miraba el azúcar, y volvía alternativamente la cabeza, como esos pobres perros á quienes sus amos prohiben tocar los manjares hasta que no se haya dicho una de las últimas letras del alfabeto lentamente pronunciado. Al fin la pasión bestial triunfó del miedo; Estefania se precipitó sobre Felipe, adelantó tímidamente su linda mano morena para agarrar la presa, tocó los dedos de su amante, atrapó el azúcar, y desapareció en un grupo de ramaje. Tan horrible escena acabó de anadar al Coronel, que se deshizo en lágrimas y huyó al salón.

— ¿Tendrá el amor ménos valor que la amistad? le dijo el señor Fanjat. Tengo algunas esperanzas, señor Barón. Mi po-

bre sobrina se hallaba en un estado más deplorable que el en que la veis.

— ¿Es posible? exclamó Felipe.

— Antes permanecia desnuda, repuso el Médico.

El Coronel hizo un gesto de horror, y palideció: el Doctor notó en esta palidez algunos síntomas de mal carácter; le tomó el pulso, y le halló presa de una fiebre violenta; á fuerza de instancias logró hacerle entrar en el lecho, y le preparó una pocion ligera de opio para que tuviera un sueño tranquilo.

Ocho dias próximamente trascurrieron, durante los cuales el Barón de Sucey padeció con frecuencia mortales angustias, por lo cual pronto dejó de llorar. Su alma, destrozada continuamente, no pudo habituarse al espectáculo de la locura de la Condesa, y transigió, por decirlo así, con tan cruel situacion, hallando lenitivos á su dolor. Su heroismo no conoció límites: tuvo el valor de domesticar á Estefania, escogiéndole golosinas, y puso tanto cuidado en llevarla-este alimento, supo tan acertadamente aprovechar las modestas conquistas que hacia del instinto de su amada, último resto de su inteligencia, que llegó á ponerla más mansa de lo que jamás habia estado. El Coronel bajaba todas las mañanas al parque, y si despues de haber

buscado largo rato á la Condesa no podia adivinar en qué árbol se balanceaba muellemente, ni en qué rincon se habia agazapado para jugar con un pájaro, ni sobre qué tejado estaba perchada, entonces silbaba el aire célebre de *Al partir para la Siria*, al que estaba unido el recuerdo de una escena de sus amores. Bien pronto acudia Estefania con la celeridad de un cervatillo. Se habia acostumbrado tanto á ver al Coronel, que ya no la asustaba, y hasta se habia habituado á sentarse junto á él y enlazarle con su brazo desnudo y ágil. En tal actitud, tan grata á los amantes, Felipe daba algunas confituras á la golosa Condesa. Despues de comerlas todas, solia suceder que Estefania le registraba los bolsillos, con gestos que tenian toda la velocidad mecánica de los movimientos del mono. Cuando estaba bien segura de que no habia nada, miraba á Felipe con ojos claros, sin ideas, sin agradecimiento; jugaba con el, trataba de descalzarle para verle el pié, destrozaba sus guantes, se ponía su sombrero, al par que ella le dejaba que la pasara las manos por su cabellera, le permitía tomarla en sus brazos, y recibia sin placer sus ardientes besos: en fin, le miraba en silencio cuando derramaba lágrimas; comprendia perfectamente el silbido de *Al partir para la*

*Siria*; ¡mas él no pudo conseguir que pronunciase su propio nombre de *Estefania*! Á Felipe le sostenia en su horrible empresa una esperanza que jamás le abandonaba. Cuando durante una bella mañana de otoño veia á la Condesa sentada pacíficamente sobre un banco bajo un álamo amarillento, el pobre amante se ponía á sus piés, y la miraba fijamente en los ojos largo rato, miéntras se dejaba mirar, creyendo que se volveria inteligente la luz que de ellos partia; á veces se hacia esta ilusion; se figuraba haber percibido aquellos rayos luminosos, duros é inmóviles, vibrando de nuevo, suaves, vívidos, y exclamaba:

— ¡Estefania, Estefania! ¡Tú oyes, tú me ves!

Pero ella escuchaba el sonido de esta voz como si fuera un ruido, como el esfuerzo del viento al agitar los árboles, como el mugido de la vaca, sobre la que saltaba; y el Coronel se retorcia las manos de desesperacion, de desesperacion siempre nueva. El tiempo y estas vanas tentativas no hacian más que aumentar su tormento. Una tarde, con cielo tranquilo, y en medio del silencio y de la paz del asilo campesino, el Doctor vió desde léjos al Baron ocupado en cargar una pistola. El viejo médico comprendió que Felipe ya no tenia es-

peranza; sintió toda su sangre afluir al corazón, y si opuso resistencia al vértigo que se apoderó de él, fué porque prefería ver á su sobrina mejor viva y loca que muerta. Corrió hácia el Barón.

— ¿Qué haceis? le dijo.

— Ésta es para mí, contestó el Coronel, mostrando sobre el banco una pistola cargada. ¡Y hé aquí para ella! añadió, acabando de meter el taco en el fondo del arma que tenía en la mano.

La Condesa estaba tendida en tierra, y jugaba con las balas.

— Entonces ignorais, repuso friamente el médico, disimulando su espanto, que esta noche, al dormir, ha dicho: «¡Felipe!».

— ¡Me ha nombrado! exclamó el Barón, dejando caer su pistola, que Estefania recogió; luego se la arrancó de las manos, se apoderó de la que estaba sobre el banco, y se marchó.

— ¡Pobre niña! exclamó el médico, contento del éxito que había alcanzado su supercheria.

Estrechó á la loca contra su pecho, y la dijo continuando:

— ¡Es un egoísta; te hubiera muerto!... Quiere darte la muerte, porque sufre. No sabe amarte por tí, hija mía. Nosotros le perdonamos, ¿no es cierto? Él es insensato,

to, y tú no eres más que loca. ¡Bah! ¡Dios solo tiene el derecho de llamarte á su lado! Nosotros te creemos desgraciada, porque no participas ya de nuestras miserias. ¡Qué tontos somos! Pero, dijo sentándola sobre sus rodillas, tú eres feliz; nada te estorba; tú vives como el pájaro, como el gamo.

Estefania se lanzó sobre un mirlo pequeño que saltaba; le cogió, dando un grito de satisfacción; le ahogó, le miró muerto, y le dejó al pié de un árbol, sin volver á ocuparse de él.

Al día siguiente, apenas amaneció, el Coronel bajó á los jardines, y buscó á Estefania, creyendo en la dicha; no hallando á su amada, silbó. Cuando la vió la tomó del brazo, y caminando juntos por primera vez, se fueron hácia un grupo de árboles marchitos, cuyas hojas caían á impulsos de la brisa matinal. El Coronel se sentó, y Estefania, por movimiento propio, se sentó sobre él. Felipe tembló de contento.

— Amor mio, la dijo, besándola ardentemente las manos, yo soy Felipe.

Ella le miró con curiosidad.

— Oye, añadió él estrechándola. ¿Sientes cómo palpita mi corazón? No ha cesado de latir por tí. Te amo siempre. Felipe no ha muerto, mírale; tú estás sobre él;

tú eres mi Estefania, y yo soy tu Felipe.

— ¡Adios! dijo ella, ¡adios!

El Coronel se estremeció, creyendo notar que su exaltacion se comunicaba á la Condesa. Su grito desgarrador, excitado por la esperanza, ese último esfuerzo de un amor eterno, de una pasion delirante, despertaba la razon de su amada.

— ¡Ah! ¡Estefania, nosotros seremos felices!

Ella gritó de gozo, y en sus ojos vagó un brillo de inteligencia.

— ¡Me reconoce!..... ¡Estefania!

El Coronel sentia que se le hinchaba el corazon; sus párpados se humedecieron; pero de repente vió que la Condesa le enseñaba un poco de azúcar que habia hallado registrándole mientras hablaba. Habia él tomado por pensamiento humano ese grado de racionalidad que da á suponer la malicia del mono. Felipe perdía el conocimiento. El señor Fanjat vió á la Condesa sentada sobre el Coronel, mordiéndolo el azúcar con un placer manifiesto en las carocas y arrumacos que hacia, y que hubieran causado admiracion si estando en su sano juicio hubiera querido imitar, por divertirse, á su cotorra ó á su gata.

— ¡Ay, amigo mio! exclamó Felipe volviendo en sí; ¡yo muero todos los dias, á cada instante! ¡Yo amo demasiado! ¡Todo

lo soportaria si en medio de su locura tuviera algo femenino!..... ¡Pero verla siempre salvaje y hasta desprovista de pudor, verla.....

— ¡Vos necesitais una locura de ópera? dijo secamente el Doctor. ¿Vuestros sacrificios amorosos están sujetos á preocupaciones? Pues qué, caballero, ¿no me he privado yo por vos de la triste dicha de alimentar á mi sobrina? ¿No os he dejado jugar con ella? ¿No me he reservado las cargas más pesadas? ¡Mientras que vos dormiais yo he velado por ella, yo..... Idos, caballero; abandonadla. Abandonad este triste asilo. Yo sabré vivir con esta pobrecita criatura; yo comprendo su locura; yo espío sus gestos; yo estoy en sus secretos. Algun dia me dareis las gracias.

El Coronel abandonó Hombres-Buenos para no volver más que una vez. El Doctor se asustó del efecto que produjera sobre su huésped, pues comenzaba á quererle como á su sobrina. Si entre los dos amantes habia alguno digno de lástima, seguramente era Felipe: ¿no llevaba él solo el peso de un dolor espantoso? El médico tomó noticias del Coronel, y supo que el desgraciado se habia refugiado en una posesion que tenia cerca de San German. El Baron habia concebido un proyecto para volver á la Condesa á la razon. Sin que

lo supiera el Doctor, empleaba el resto del otoño en los preparativos de una empresa gigantesca. Un riachuelo corría por su parque, inundando en invierno una gran laguna, parecida á la que se extendía á lo largo de la orilla derecha del Beresina. La aldea de Satout, situada sobre una colina, servía de complemento á esta escena de horror, como Studzianka á la llanura del Beresina. El Coronel reunió obreros para hacer un canal que representase el rio devorador en que se habian perdido los tesoros de la Francia, Napoleon y su ejército. Ayudado por sus recuerdos, llegó Felipe á copiar en su parque la orilla en que el general Eblé habia construido sus puentes. Plantó puntales, y los quemó de manera que figurasen las chillas negras y á medio arder que de ambos lados de la ribera habian indicado á los rezagados que el camino de Francia se les habia cerrado. El Coronel hizo llevar restos semejantes á los que sus compañeros emplearon en construir la balsa. Asoló el parque para completar la ilusion sobre la que fundaba su última esperanza. Encargó uniformes y trajes destrozados para vestir á cientos de aldeanos. Construyó cabañas, vivacs y baterías, que incendió. En una palabra, no olvidó nada de lo que pudiera imitar la más horrible de todas las esce-

nas, y logró su objeto. Hacia los primeros dias de Diciembre, cuando la nieve cubrió la tierra de una espesa capa blanca, reconoció el Beresina. Esta falsa Rusia era de una realidad tan espantosa que muchos de sus compañeros de armas reconocieron la escena de sus antiguos sufrimientos. El señor de Sucey guardó el secreto de aquella representacion trágica, de la que en aquel tiempo se ocuparon muchas tertulias parisienses, considerándola como una locura.

Á principios de Enero de 1820, el Coronel subió á un coche semejante al que habia llevado á los señores de Vandières desde Moscow á Studzianka, y se dirigió hácia la Isla-Adam. Arrastraban el coche caballos parecidos á los que con peligro de su vida fué á buscar á las avanzadas de los rusos. Él llevaba el traje manchado y raro, las armas, el tocado que llevara el 29 de Noviembre de 1812. Se habia dejado crecer la barba, los cabellos, y descuidado el rostro, para que no faltara un detalle.

— Comprendo vuestro proyecto, exclamó el señor Fanjat, viendo al Coronel bajar del coche. Si quereis que se realice, no os presentéis así. Esta noche haré tomar á mi sobrina un poco de opio. Durante su sueño la vestiremos como lo estaba en Studzianka, y la meteremos en ese coche. Yo os seguiré en una berlina.



Hacia las dos de la noche, la jóven Condesa fué trasladada al coche, colocada sobre almohadones y envuelta en una manta burda. Algunos aldeanos con luces ayudaron á este raptó extraño. De repente se oyó un grito agudo en el silencio de la noche. Felipe y el médico se volvieron, y vieron á Genoveva que salia medio desnuda del cuarto bajo en que dormia.

— ¡Adios, adios! ¡Se acabó! ¡Adios!..... exclamó llorando á lágrima viva.

— ¿Qué tienes, Genoveva? la dijo el señor Fanjat.

Genoveva agitó la cabeza con un movimiento de desesperacion, levantó los brazos al cielo, miró el coche, lanzó un largo gruñido, dió muestras palpables de un profundo terror, y quedó callada.

— Esto es de buen agüero, dijo el Coronel. Esa muchacha siente quedarse sin compañera. Ve acaso que Estefania va á recobrar la razon.

— Dios la proteja, dijo el señor Fanjat, que pareció afectado de este incidente.

Desde que se ocupaba de la locura habia hallado muchos ejemplos del espíritu profético y del don de segundá vista de que dieron pruebas muchos dementes, y que se ven tambien en las tribus salvajes, al decir de muchos viajeros.

Segun lo habia calculado el Coronel, Es-

tefania atravesó la llanura ficticia del Beresina á eso de las nueve de la mañana, y fué despertada por un morterazo que sonó á cien pasos del lugar de la escena. Era una señal. Mil aldeanos produjeron un clamor espantoso, parecido al hurra de desesperacion que asustó á los rusos cuando veinte mil rezagados se vieron por su culpa entregados á la muerte ó á la esclavitud. A tal grito, á tal detonacion, la Condesa saltó del coche, corrió con delirante agonía por la plaza nevada, vió los vivacs quemados y la balsa fatal que arrojaron sobre un Beresina helado. El Comandante Felipe estaba allí, volteando su sable sobre la multitud. La señora de Vandières lanzó un grito que heló todos los corazones, y se colocó delante del Coronel, que estaba palpitante. Aquella se reconcentró, y miró despues vagamente el cuadro original que se ofrecia á su vista. Durante un momento, rápido como el relámpago, tuvieron sus ojos esa lucidez ininteligente, propia del ojo brillante de los pájaros; despues se pasó la mano por la frente con la expresion de una persona que medita; contempló aquel recuerdo vivo, aquella vida pasada, presente á ella, volvió la cabeza hácia Felipe, y *le vió*. Un aterrador silencio reinaba en la muchedumbre. El Coronel, jadeante, no podia hablar; el Doctor

lloraba. El hermoso rostro de Estefania se coloreó débilmente; despues, de matiz en matiz, concluyó ella por tomar el brillo de una jóven radiante de frescura. Su faz se tiñó de hermosa púrpura. La vida y la felicidad, animadas por una inteligencia luminosa, avanzaban como el incendio. Un temblor convulsivo se le comunicó desde los piés al corazon. Luego, estos fenómenos que brillaron un momento, tuvieron como un lazo comun cuando los ojos de Estefania lanzaron un rayo celeste, una llama animada. ¡Vivia, pensaba!.... Se estremeció, acaso de terror. El mismo Dios desataba por segunda vez aquella lengua muerta, y arrojaba nuevamente su fuego en aquella alma apagada.

— ¡Estefania! exclamó el Coronel.

— ¡Oh! ¡Es Felipe! dijo la pobre Condesa.

Se precipitó en los temblorosos brazos que el Coronel la tendia, y la fusion de los dos amantes espantó á los espectadores. Súbito se secaron sus lágrimas. Estefania se cadaverizó como si la hubiera alcanzado el rayo. Y dijo con voz débil:

— ¡Adios, Felipe! ¡Yo te amo! ¡Adios! ¡Adios!.....

— ¡Oh! ¡Está muerta! exclamó el Coronel abriendo los brazos.

El viejo médico recibió el cuerpo inanimado de su sobrina, le besó como lo hu-

biera hecho un jóven, le llevó, y se sentó con ella sobre un monton de maderas. Miró á la Condesa, poniéndola sobre el corazon una mano débil y agitada convulsivamente. El corazon no latia ya.

— ¡Con que es cierto! dijo, contemplan-do alternativamente al Coronel inmóvil y el rostro de Estefania, sobre el que la muerte extendia esa belleza resplandeciente, aureola fugitiva, promesa acaso de un porvenir brillante.

— ¡Sí, está muerta!

— ¡Ah! ¡Esa sonrisa! exclamó Felipe. ¡Mirad esa sonrisa, y decid si es posible!...

— ¡Ya está fria!.... contestó el señor Fanjat.

El señor de Sucey dió algunos pasos para alejarse de este espectáculo; pero despues se paró, silbó el aire que la loca comprendia, y viendo que su amada no acudia, se alejó tambaleándose como un hombre beodo, silbando siempre y sin volverse.

El general Felipe de Sucey pasaba en sociedad por ser un hombre muy amable, y sobre todo muy alegre. Hace algunos dias una dama le felicitaba por su buen humor y por la igualdad de su carácter.

— ¡Ah, señora! contestó él; por la noche, cuando estoy solo, pago muy caras mis bromas.

— ¿Es que siempre estais solo?

— No, contestó sonriendo.  
Si un juicioso observador de la naturaleza humana hubiese podido ver en este momento la expresion del Conde de Sucey, puede ser que hubiera temblado.

— ¿Porqué no os casais? repuso la dama, que tenia varias hijas en el colegio. Vos sois rico, titulado, de antigua nobleza; teneis talento, porvenir; todo os sonrie.

— Sí, contestó; pero una sonrisa es la que me mata.

Al dia siguiente supo la dama con asombro que el señor de Sucey se habia levantado aquella misma noche la tapa de los sesos de un pistoletazo. La alta sociedad habló diversamente de este suceso extraordinario, y cada uno trató de averiguar el motivo. Conforme á los gustos de cada preopinante, se explicó por el juego, el amor, la ambicion, por ocultos desórdenes aquella catástrofe, última escena de un drama comenzado en 1812. Solamente dos hombres, un médico viejo y un magistrado, sabian que el señor de Sucey era uno de esos hombres fuertes, á quienes Dios concede el fatal poder de triunfar diariamente del combate que empeñan con un monstruo desconocido. ¡Que Dios separe por un momento su mano poderosa, y en seguida sucumben!

París, Marzo 1830.

---

## ÍNDICE.

---

	<u>Páginas.</u>
Introduccion. . . . .	5
Las Marana. A la Señora Condesa Merlin. . . . .	11
Adios. Al principe Federico Schwarzenberg. . . . .	116

---